

Son aquellos polvos que han traído estos lodos

LA Prensa burguesa de nuestros días levanta, en todas sus ediciones, un clamor unánime : el bolchevismo pone la existencia de la sociedad en peligro.

Ciertamente, esta ocurrencia da motivos de preocupación, sobre todo a los seres acostumbrados a nadar en la abundancia a costa de la infelicidad de los demás.

Pero cuando el problema social fué planteado, la estirpe capitalista tuvo a bien confiar la réplica a la nueva doctrina a sus dependientes armados. Una absurdidad, puesto que el apaleo y el sacrificio de unos inconformistas no desposeía a estos de su razón. Un idealista puede caer con la cabeza abierta a sablazos ; pero a un ideal no hay sable que lo parta.

Frente a esta certeza, el capitalismo cogió miedo y encargó a sus abogados de derecha e izquierda la preparación de leyes « protectoras » de los obreros, pero estos, por mucho que se haya dorado la píldora, no han salido de su esclavitud. Los grandes estadistas de la burguesía y el gubernamentalismo socialdemócrata se han equivocado al considerar que las masas productoras han de ser eternamente conflatadas, manejadas y burladas. Ciertamente que la mano de obra de la sociedad ha permanecido dormida durante largos siglos. Pero los tiempos han evolucionado y a la moral de antaño le es difícil subsistir.

Se han equivocado los teóricos del capitalismo debido a la ceguera y a la soberbia que siempre les ha dominado. Con la promulgación de unas « leyes sociales » les pareció que transigían un máximo cuando en realidad siguen dejando a los guardias el cuidado de « pacificar » los espíritus, un derecho muy difícil de justificar cuando en los hogares de las personas laboriosas se padece miseria, inseguridades y humillaciones. Por sobado que parezca, el tema del desnutrido que presencia impotente la exhibición de ricos manjares, sigue manteniendo su candente actualidad. La desigualdad en régimen capitalista es crónica, y la tuberculosis y las penas provocadas también. Por tanto, el problema social queda en pie en toda su crudeza a pesar de la legislación caritativa de la burguesía y de la ignorancia sistemática de las soluciones anarquistas, que no por ser cohibidas y escarnecidas han perdido su alto valor social y humano.

Los adinerados de todo el mundo se han mirado en el espejo engañoso de su potencial guerrero, económico y represivo. Han querido jugar a soldados — para preservar sus intereses « nacionales » fácilmente traducibles en « particulares » — y han caído en el círculo vicioso de las guerras, siempre justificadas por un pretexto civilizador y democrático, pero inconsistente y disipable. La guerra general de los años 1914-18 debía cerrar el ciclo de guerras importantes con la destrucción del poder reaccionario de los Hohenzollern. Pero esta conclusión, por bien que hermoseada por los ditarambistas de no pocos países, nos condujo a otras guerras, secundarias y preliminares unas, y gigantesca y terrible otra. Tras un móvil pretendidamente idealista, las naciones pulpo se han disputado incesantemente los mercados con la sangre de los justos. Se nos dijo que el triunfo de los Aliados 1940 determinaría, la total destrucción del fascismo, y hélo, en 1948, reverdecido en España.

Y ahora la Prensa capitalista gime, un poquito cada día, ante la mancha bolchevique que se extiende tenaz por encima del asombrado mapamundi. ¿ Cómo detener a ese oleaje de la Edad Media con tinieblas rojas en lugar de negras ? ¿ Cómo desarticular a esta quinta columna, a esta levadura bolchevique que se manifiesta turbulenta y amenazadora en la retaguardia de los ejércitos de la democracia burguesa ? Evidentemente, la defensa capitalista ya tiene escogido el procedimiento. Así el Estado Mayor de Stalin. Si este y el presidente de los Estados Unidos no se asustan de su enemiga, la humanidad volverá a ser martirizada.

Nosotros, anarquistas, hombres fuertes en ideas y en soluciones humanitarias, pero inconsiderados de todos cuando no sacudimos la indiferencia del mundo a la española, no podemos indicar remedio dilatorio. No somos curanderos, ni partidarios de los paños calientes. Aunque enemigos cerrados de la tiranía soviética, no intentaremos un paso para favorecer a esta sociedad que se pierde ella misma en su intento de perpetuar la explotación del hombre por el hombre, y de salvar los intereses de los grupos capitalistas con guerras espantosas que impiden a la especie el goce de su indispensable tranquilidad. Arrastrada por el vértigo militarista y avasallador, la sociedad vieja nos aboca a repetidas matanzas que acarrearán la muerte indebida a millones de seres y siembran el microbio de la tisis, el hambre y el odio en proporciones aterradoras. Millones de familias han sido amputadas a causa de una contienda — la reciente — que no aciertan a explicarse, y tras ella han perdido el hogar, la salud, la alegría y en ocasiones el joyel de la bondad. Cuando tratan de recuperar parte de los bienes evaporados, cuando se aprestan nuevamente a vivir, chocan otra vez con los guardianes de los ricos, sufren las impertinencias de los patrones, son requeridos por los políticos que les engañaron y amenazados por el espectro de una tercera guerra, todo lo cual empaña su pequeña dicha de vivir.

Y es esta gente — la gente que sufre — la que se entrega irreflexiblemente a la concupiscencia bolchevique. Lo de ahora es conocido y malo y lo que se avecina no lo augura peor. He ahí la desgracia, puesto que lo que trata de caernos encima es otra vez imposición, dictadura feroz y aniquilamiento de la voluntad humana. Es una fuerza equívoca, malograda, ya que por ser proletaria podía estar inspirada por ideales de redención, igualdad, justicia y bienestar para todos.

La Prensa capitalista se asusta de los progresos del bolchevismo y tiene razón. Mas no se da cuenta que ella y sus amos han propiciado esta situación de desarreglo con su desprecio sistemático de esas multitudes irredentas y desesperadas que el soviétismo recluta para sus fines de dictadura y de imperio universal.

El hombre sencillo que la entidad capitalista ha despreciado y reducido ; el trabajador que no es dueño ni de los días de su existencia, ni de un cacho de pan, ni de un metro de techado, en su desvío total puede causar serias preocupaciones.